

CAPÍTULO II

El lugar donde sucedieron los hechos que narraré se llama Biescas de Obago. No se confunda el lector, como a veces le sucede al escaso correo que aquí viene, con el famoso Biescas, sin más añadidos, del valle de Tena, aunque también la nuestra es villa ganadera y pirenaica. Mucho más pequeño y de seguro desconocido para el lector, a no ser que sea aficionado a la caza, es otro Biescas, enclavado en el valle de Bardají. Tampoco éste es al que me refiero. Por último, próximo a nosotros, se encuentra Biescas de Obarra, en el valle del Isábena, muy cerca del otrora importante convento de Obarra, hoy en día abandonado y ruinoso. La proximidad geográfica de Biescas de Obarra y su gran parecido entre el sonido de su nombre y el nuestro, hace que incluso vecinos relativamente próximos confundan los dos pueblos.

Nuestro Biescas en cuestión se encuentra enclavado en una colina soleada, a unas cuatrocientas varas del río. Sí, ya sé que existe una contradicción entre afirmar que el sol toca al pueblo y su mismo nombre, pues obago significa umbrío en aragonés; pero así son las cosas. Aunque no soy historiador ni filólogo, tengo mi propia teoría sobre el nombre: A menos de media hora de camino hacia el sur, se encuentra una de las múltiples sierras que cruzan las estribaciones del Pirineo de este a oeste, la sierra de Suerri. Esta sierra, aunque no alcanza una gran altura y no es considerada por los geógrafos tan importante como para señalarla en los mapas de mayor escala, proyecta en toda su vertiente norte una fresca sombra; esta sombra, si bien impide los cultivos y acumula las nieves del invierno, hace que se mantenga verde la hierba incluso en medio de las más continuadas sequías. Y este factor, estoy convencido, es tan importante para una población eminentemente ganadera como para añadirlo al nombre de la villa.

Dado que gran parte de esta historia tiene por protagonista a un pastor, tendré que precisar que los rebaños de nuestro pueblo son muy afortunados, pues no han de realizar la trashumancia. Para los pueblos que están más arriba, más hacia los puertos, la trashumancia es un mal obligado, pues las nieves cubren todos sus pastos durante el invierno; en cambio, casi todos los rebaños de aquí son "estantes", es decir, permanecen en el lugar todo el año. Durante los meses de calor, los pastos comunales de la sierra son suficientes para todos; y en invierno, los prados del valle y el heno segado para los días de nieve permiten alimentar a muchas cabezas. De entre las casas ricas, sólo baja a la Rivera el de casa Pelaire, porque esta casa posee en Tamarite unas extensas propiedades; y el de casa Sopena, porque desde tiempo inmemorial usufructúa un derecho de pasto en el término de Zuera. En cambio, la mayoría de los pequeños hatos de las casas más débiles han de juntarse en uno e irse en invierno, porque sus tierras no son suficientes para mantenerlos. Pero evitaré describir con más precisión el término municipal, pues en ese caso, contagiándome del espíritu campesino que en el capítulo anterior critiqué, correría el peligro de perderme en un prolijo y detallado dibujo de nuestra comarca: y remarcaría las frescas fuentes del umbrío, que no se secan nunca y que están dedicadas a San Antonio, porque, según dicen, lavando las caballerías en su agua, curan antes de las mataduras. O quizás hablaría de los fértiles campos de pan llevar, donde se cultiva el trigo un año sí y otro no, mejores cuanto más cercanos están del río, aunque a veces puede llegar una crecida que los arruine. O de las huertas cercanas al pueblo, donde incluso se consiguen cosechar algunos tardíos tomates, si bien con enormes cuidados no siempre exitosos. O de cómo, en las laderas más soleadas, aterrazadas durante generaciones, unos pocos olivos, almendros y viñedos dan a veces un fruto que el clima de por sí les negaría.

Permítaseme pasar por encima de tales detalles, que sin duda un agricultor o un ganadero encontrarían esenciales e interesantísimos, pero que para el lector ciudadano serán fatigosos e incluso irritantes. Me plegaré a su gusto y afición, pues supongo que sólo gentes de las ciudades

se tomarán el tiempo necesario para leer estas líneas (si es que alguna vez son leídas por alguien); porque los habitantes del campo ocupan sus ocios de otras formas, y durante sus horas de oscuridad rumian sus odios y sus amores mirando un fuego, en vez de dedicarse al para ellos prohibido arte de la lectura.

Para que estos ciudadanos puedan comprender mi escrito, tendré que traducir las palabras de los protagonistas de esta historia a frases que ellos mismos no entenderían si las leyeran, o, por mejor decir, si las escucharan, pues la mayoría son casi analfabetos. Pero este artificio es necesario, y en deferencia a mis lectores, pondré en sus bocas frases que no dijeron, pero que habrían dicho porque las tenían en su corazón. El lenguaje montañés es una mezcla de miradas y de silencios, de expresiones que significan mil cosas y ninguna, de minúsculos gestos amenazadores o amistosos, de suspiros que según lo profundo serán signo de algo. Con todo ello, conociéndose desde niños, hablan de amor o de odio, de amistad o de poder; tejen alianzas o infieren injurias mortales; reposan o laboran a las personas como si fuesen campos en barbecho. ¿Qué genio de la literatura podría llevar un lenguaje tan sutil a un medio tan limitado como es el papel? Desde luego, no un humilde maestro de una mísera escuela rural que escribe esto sólo para descargar su conciencia y para gritar, si bien con retraso, por la angustia que le produce la sangre que empapó el negro humus del bosque y la mentira que intenta olvidarla.

Así pues, sepa el lector que, a pesar de mi pobre arte, no podré sino transmitirle una versión difusa y borrosa de lo que pasó; sin embargo, si en algo puede confiar, es en que seré sincero. .

Para que esta historia de amor, ambición y odio sea inteligible, también tendré que explicar lo que significa, en mi escrito y entre los pueblos del Pirineo, la palabra casa. No es la casa un edificio, construido de piedra los más ricos, de adobas los más pobres; no, las casas lo son todo: Son los gruesos muros, las abovedadas bodegas, los tejados de losas o de pizarra, las cerradas alcobas; pero también incluyen a las personas que las habitan, los campos, los animales, los aparceros, los sirvientes, los niños nacidos en ella, las bestias de carga, las herramientas y los aperos, el aceite de las lámparas, las vides y los frutales, e incluso el poco o mucho dinero que se guarda entre sacrificios para comprar un mulo o pagar una medicina.

Cuando una persona nace, recibe unos apellidos de sus padres, porque así lo manda el estado y la ley; pero éste es un regalo que utiliza poco: apenas cuando le llaman a filas, o cuando se casa, o si vende o compra un campo ante notario, o si se realiza un censo o una votación. Salvo en estas ocasiones esporádicas, los apellidos no tienen ninguna importancia, y nadie los emplea para identificar a otro, porque lo que de verdad importa es a qué casa se pertenece. Incluso el mismo interesado, cuando debe emplearlos, parece que dude y vacile, como si no estuviese muy seguro de ser él, y se siente embarazado e incómodo igual que si se vistiese de domingo.

Una persona pertenece a una casa desde su nacimiento, y tan evidente les parece a todos, que le dan más importancia a este hecho, que a quién es su padre y su madre. Esto, a veces, causa cierta confusión a los extraños, e incluso yo mismo, cuando llegué aquí por primera vez, tuve que emplear bastante tiempo en saber quién era quien, y hube de renunciar a llamar a los niños de mi escuela por su apellido.

Sólo una persona ejerce el mando sobre la casa, y este gobierno es tiránico, absoluto, indiscutible. Es un patriarcado en estado puro; el jefe de la casa, al que se le llama "el amo", es más parecido a un señor feudal que a un amante abuelo o un cariñoso padre, y ejerce este poder sobre sus hijos igual que sobre los aperos de labranza o las bestias de carga. Ignoro si en otros lugares de España

se da esta opresiva sociedad familiar, o si es exclusiva del Pirineos: supongo que es la misma rudeza de la tierra y del clima lo que obliga a esta crueldad necesaria para sobrevivir.

Para evitar la disgregación del patrimonio de la casa, el amo elige al heredero dentro de su descendencia. Se me dirá que esto no es raro y que evita el nefasto minifundio, que tanto daño ha hecho en algunas comarcas de España; y que, por ejemplo, en Cataluña el primogénito también lo hereda todo. Pero lo diferencial es que el padre elige al heredero, no importando el orden de nacimiento, e incluso en casos extremos puede elegir a una hija o nieta como heredera; y no sólo esto, sino que, a su capricho, puede cambiar su decisión, condenando a la miseria al que antes se había preparado para asumir el mando de la casa. Esto, se comprenderá, otorga al padre, o al abuelo, un poder absoluto.

Los que no heredarán viven un destino diferente según pertenezcan a casas pobres o ricas. Los de casas ricas recibirán estudios que les permitan ejercer una profesión liberal, ingresar en la milicia o ser curas. Los de casas pobres pueden elegir entre quedarse en la casa y convertirse en tiones o tiones, trabajar para una casa rica, o partir a la aventura hacia nuevas tierras; las mujeres, si son hermosas, pueden aspirar a casarse con algún heredero de otra casa pobre.

Cuando pienso en los tiones, se me encoge el alma, pues me recuerdan a las ramas estériles de los árboles. Se sentarán a la misma mesa que su hermano más afortunado, pero aquí termina todo privilegio. Trabajarán de sol a sol sin recibir sino la manutención, un vestido cuando sea estrictamente necesario y, si el año es bueno, un poco de tabaco. Así será día tras día sirviendo primero a su padre, luego a su hermano, luego a su sobrino... hasta que sea viejo. Entonces, le asignarán tareas más livianas, como fabricar amas de caña y boñiga, o cuidar de los niños, o recoger la leña menuda... Y, por fin, un día descansará para siempre con un suspiro de alivio.

Dentro del contrato no escrito que regula las relaciones entre un tión y su casa, se estipula que no podrá casarse nunca, bajo pena de ser expulsado inmediatamente. Es la crueldad del medio la que obliga a esto, pues una casa sólo puede mantener a una familia.

Los secundones que no quieren o no pueden quedarse en su casa, se contratan como pastores osirvientes para otra casa más fuerte. Esto les permitirá tener un poco de dinero propio, pero no el suficiente para crear una familia; a cambio de este dinero que les permite algunos pobres caprichos, su situación es mucho más precaria, y si enferman o sufren un accidente, pueden verse en apuros. Al final de su vida, cuando disminuyan sus fuerzas, se donarán a sí mismos a la casa donde siempre trabajaron, junto con sus miserables ahorros, y allí trabajarán gratis dentro de sus fuerzas hasta la muerte.

Por si alguien se preguntase por qué estos secundones no aprenden algún oficio como puede ser carpintero, o albañil, o zapatero, aclararé que estos oficios se guardan celosamente dentro de unas pocas familias pobres, sin apenas tierras o ganado, y siendo su único patrimonio, no los transmiten sino a su heredero.

Por último, aquellos tiones que no se resignan a elegir entre estas dos suertes, hacen un hato con algo de ropa, meten en él una hogaza de pan y unas pocas monedas, y parten a buscar fortuna. Pocos son los que se atreven a marchar, y menos aún los que mejoran su posición. Circulan historias de gentes audaces que triunfaron en Zaragoza, o en Barcelona, o incluso en América; pero yo sé que es muy difícil que un campesino semianalfabeto tenga éxito, y creo que, a pesar de sus ilusiones, ellos también lo saben, y por eso se resignan a vivir sus trabajosos días.

Qué sucede cuando el amor, a pesar del extenuante trabajo, surge en uno de estos desheredados, más fuerte que la misma casa que le alimenta, protege y domina? Todo y todos se confabulan para destruirlo, porque amenaza a la misma supervivencia de la comunidad. Simplemente, es intolerable. Y no por un concepto pacato de la moralidad, pues todos (menos don Felipe) aceptan que si la necesidad física es muy acuciante, algún mozo le pague unos reales a Jacinta, la de casa Alins, o a Pilar, la de casa Chuliá, las cuales le aliviarán sin que haya que temer nacimientos posteriores; no, lo realmente peligroso es que ese amor lleve a subvertir el orden social que garantiza la subsistencia en una naturaleza implacable.

Pero los hombres y las mujeres de esta tierra, cuando sienten algo, son tan tenaces en sus sentimientos como en su labrar año tras año las tierras pobres que apenas les permiten vivir. Durante mucho tiempo pueden luchar sorda, silenciosamente, sin que apenas un gesto o un brillo de los ojos traicionen su firme determinación.

Poco a poco, el amor y el odio se irán entremezclando, hasta que un día nadie pueda seguir fingiendo que no los veíamos, que aquí no pasaba nada porque nadie decía nada. Ese día, con el instinto campesino que permite intuir la lluvia, todos sabremos que se acerca la sangre.